

*H*UMANITAS 1999

ANUARIO DEL CENTRO DE
ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

26
✱

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

**ESTADOS UNIDOS EN LA HISTORIOGRAFÍA CATÓLICA MEXICANA:
LA INTERPRETACIÓN DEL SIGLO XIX**

Dr. Manuel Ceballos Ramírez
El Colegio de la Frontera Norte

Yo no soy de los que piensan que nos devuelvan lo que nos robaron. Yo solamente pido, y pido a los Estados Unidos, y eso sí en la forma más enérgica, de la manera más noble y frente a frente a cualquiera que sea, monseñores, lo que sea, lo que fuere(...)de masones y todo, una cosa: que nos devuelvan la libertad. Eso sí, y eso nos la han quitado ellos.

Miguel Palomar y Vizcarra a James Wilkie
(1964)¹

La particular visión que un grupo de historiadores católicos mexicanos han dejado sobre el papel desarrollado por los Estados Unidos en la historia de México se encuentra profundamente cargada de elementos negativos, de adjetivos denigrantes y de tesis de combate. Este artículo pretende dar cuenta somera de la visión de estos católicos.

El catolicismo intransigente: matriz explicativa

La explicación de esta apreciación de los católicos va en relación con la particular visión del mundo que éstos desarrollaron a través de lo que se ha denominado el catolicismo intransigente. Profundamente antiliberal y antimoderno el catolicismo intransigente se constituye en la matriz explicativa de la visión histórica de los católicos². Si a la mentalidad intransigente de los católicos mexicanos añadimos la conflictividad propia de los acontecimientos históricos desarrollados por los Estados Unidos en la historia de México, fácil es deducir la prevención hacia este país, la fuerza de sus ataques, e incluso lo visceral de algunos de sus análisis.

Como en el plano de las ideas los Estados Unidos aparecen como el modelo de país liberal y moderno, por el hecho mismo fue condenado por los católicos intransigentes. Si a ello añadimos algunos eventos particularmente conflictivos, se entenderán las razones de su encono: Poinsett y su antiiturbidismo; la instauración de la masonería yorkina; la Guerra de Texas; la Invasión americana y la pérdida del territorio; la supuesta simpatía por los liberales mexicanos; las inversiones norteamericanas y la instalación de bancos extranjeros; la introducción del protestantismo; la ocupación de

LIBRERIA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE COahuila

Veracruz en 1914; el reconocimiento al presidente Carranza; la intervención en la Cristiada, etcétera.

Todo esto no quiere decir que no haya habido un grupo de católicos opuestos a los intransigentes. Estos fueron los católicos liberales que florecieron paralelamente a aquéllos y que en el Porfiriato tuvieron mayor beligerancia. Quizá sea Eulogio Gillow, arzobispo de Oaxaca, el prototipo de clérigo liberal de factura mexicana. Uno de los indicadores de su liberalismo fue su simpatía por los Estados Unidos. En carta al presidente Díaz le aseguraba:

«...deseaba que dichos escritos [cartas] hicieran abstracción de lo pasado, dándolo por olvidado, ya que los tiempos han cambiado y comienza, según espero, una nueva época en el orden político religioso. Desde la conquista hasta la intervención francesa la Iglesia tuvo en México acción política, en las presentes circunstancias no la tiene por fuerza de las leyes vigentes, y en mi ánimo está el trabajar por establecer un régimen autorizado para que la acción eclesiástica siga en México el curso que lleva en los Estados Unidos, es decir, ajena por completo de la política y ejerciendo sus esfuerzos en el orden que directamente le corresponde»³.

Nada raro fue que monseñor Gillow haya asistido a la Exposición Universal de Nueva Orleáns en 1884 como suplente de Porfirio Díaz, quien había sido nombrado delegado mexicano por el presidente Manuel González⁴. Años más tarde, en 1899, en otra ciudad norteamericana Ignacio Mariscal, ministro de Relaciones Exteriores, pronunció aquellas famosas frases que hirieron, si no sólo a los católicos, sí especialmente a ellos:

«México ha luchado dos veces por su independencia. La primera vez fue a principios de este siglo, cuando ninguna nación quería ni podía ayudarnos. La segunda, hace menos de cuarenta años, cuando tuvimos que luchar contra la intervención napoleónica y a pesar de nuestra heroica resistencia habríamos sucumbido vencidos por fuerza, si no hubiera sido por la poderosa influencia de los Estados Unidos, que resolvieron prontamente el asunto a nuestro favor (...) No es solamente la vecindad que nos liga; hemos adoptado vuestras instituciones; hemos formado nuestra manera de ser política, semejante a la vuestra, y el símbolo de nuestra nacionalidad es casi idéntico al vuestro, ambos son la famosa ave de Júpiter, el águila. Hagamos, pues que ambas águilas remonten juntas su vuelo para siempre,

surcando las alturas en líneas paralelas: la americana guiando y la mexicana siguiéndola, siempre animada por el ejemplo de su hermana mayor»⁵.

Entre los liberales radicales estas palabras de Mariscal y el episodio que representó causaron gran extrañeza, porque les pareció desmedido, servil y "notoriamente trágico". Pero entre los conservadores y tradicionalistas católicos, como aseguró el padre Cuevas, no fue sino "una confesión de parte", y además "satisfactoriamente cómica". Confesión que degradaba a México porque se pretendía asimilar su símbolo más representativo a "un águila achicada, en un vuelo forzado y humillante en pos de otra águila, que no es ni su hermana ni su madre"⁶. De este modo las palabras del diplomático mexicano eran la confirmación de la antigua tesis de combate de los católicos de que el país había sucumbido en su último esfuerzo contra las fuerzas de la secularización que destruían a la Iglesia porque los Estados Unidos habían apoyado a los liberales. Pero si ésta era la conclusión a la que habían llegado, las premisas que la acompañaban ahora confirmadas por un liberal, no eran menos reveladoras del papel infame que, según ellos, los Estados Unidos habían desarrollado y seguirían desarrollando en la historia de México.

El hilo conductor: la conspiración

Del mismo modo que para algunas historias anticlericales la Iglesia católica y las "fuerzas reaccionarias" son la causa y motivo de los conflictos mexicanos y del atraso del país, para las historias clericales son una extraña mezcla de masonería, protestantismo, hispanofobia y anticatolicismo decididos desde los Estados Unidos. O si se quiere ser más preciso, desde Nueva Orleáns o Filadelfia, en un momento en que la presencia norteamericana ya había hecho sus estragos en México desde el arribo de Joel R. Poinsett.

Tanto la temprana presencia de Poinsett como los viajes de los liberales mexicanos a Nueva Orleáns y a Filadelfia parecen ser los dos núcleos generadores principales que explican en algunas historias católicas la historia de México, ya que en ambas poblaciones existían las logias masónicas que aquellos frecuentaban. En un par de páginas casi elegidas al azar, el padre Mariano Cuevas en la *Historia de la nación mexicana* da cuenta del primer núcleo de esta interpretación:

«En 1822 llegó a la República Joel R. Poinsett en calidad de enviado sin credenciales de los Estados Unidos. Era sencillamente un espía. Era hombre de grandes talentos

naturales o por mejor decir, de una astucia diabólica, aumentada por sus largos viajes por todas las naciones de Europa y por algunas de América. En Chile con conducta poco digna, manifestó su tendencia por la persecución religiosa. La llevaba en la sangre. Era descendiente de los protestantes franceses emigrados (...) Tuvo Poinsett la osadía de proponer al emperador Iturbide el que México aceptase las instituciones de los Estados Unidos del Norte (...) Para desarrollar [sus planes] y para su idea antirreligiosa era menester contar (...) con una verdadera y poderosa organización que influyese en los destinos de la política de México. La masonería escocesa de origen semiespañol (...) no le sirvió más que para comenzar y así la utilizó. El necesitaba logias más manejables por los Estados Unidos y de allí su empeño en fundar las yorkinas; rito que él podía dominar y poner a las órdenes de poderes de los Estados Unidos»⁷.

Y con respecto al segundo núcleo, el mismo padre Cuevas en la *Historia de la Iglesia en México* dedica un capítulo a la supuesta conspiración. Lo intitula "El pacto secreto de Nueva Orleans", y en él trata de probar cómo hombres desnaturalizados promovían la desmembración de México para aumentar el territorio de otra denominación; anglicismo, ésta última palabra, que en la mentalidad de [Miguel] Santa María y en la realidad equivalía a "protestantismo masónico norteamericano"⁸.

Uno de los grandes conspiradores es, en las historias católicas, Valentín Gómez Farías. Según ellas, es él quien asistió a la Junta Anfictiónica de Nueva Orleans en septiembre de 1835 "como instrumento de las logias yorkinas" y como vicepresidente de México a fraguar la independencia de Texas.

A cambio de esta venta virtual de su país, a Farías se le concedía el desarrollo de sus ideas antirreligiosas, expulsión de obispos y canónigos, supresión de órdenes religiosas, despojo de sus bienes, libertad de cultos introduciendo hasta sinagogas; —aunque no sabemos si esto último era un ideal personal de Farías. También había reparto de tierras rústicas y fincas urbanas. Otro premio que le daban en la última de las bases era que seríamos —¡oh qué dicha!— reputados como hermanos de los Estados Unidos del Norte (..) Esta traición de Farías está muy unida, mediante los lazos masónicos, con la independencia de Texas, que empezó a verificarse aquel mismo año⁹.

Los muchos y abigarrados textos

Luego de dejar en claro que en la historiografía católica son estos dos núcleos explicativos en los que parece encontrarse, en gran parte, la interpretación de la historia de México del siglo XIX, todo lo demás no son sino lugares comunes y tortas y pan pintado: Comonfort debió traer de Nueva York algo más que armas y municiones, "trajo instrucciones secretas"; la Reforma mexicana cargó desde su cuna con la tutoría de los Estados Unidos; el federalismo mexicano fue impuesto por Poinsett para así manejar más fácilmente cada uno de los estados; los liberales mexicanos eran los representantes de un bando masónico norteamericano; Estados Unidos respecto al México independiente siempre ha tenido el plan de destruir a la Iglesia; la "causa católica" en la Guerra de Tres Años se vio derrotada por la intervención de los Estados Unidos a favor de los liberales; la "criminal misión" de José María Mata en la negociación del Tratado MacLane-Ocampo fue ofrecer territorio nacional a cambio del reconocimiento; de entonces fue "la cadena forrada de terciopelo con que quedaba nuestra patria, como en efecto quedó hasta la fecha, esclavizada"; las Leyes de Reforma "son leyes de la vieja reforma protestante para la destrucción de la Iglesia"; Juárez repasó "verosíblemente" en Nueva Orleans el programa anticlerical que Gómez Farías había acordado en 1835; Ocampo era un subordinado a los Estados Unidos; en el episodio de Antón Lizardo los buques norteamericanos fueron los que dieron el triunfo a Juárez; ahí "los humildes oficiales americanos sin orden de su gobierno, dócilmente se doblegaron ante el zapoteca"; después de Antón Lizardo "Juárez y su mala conducta fueron condenados por las naciones europeas que protestaron, por sus propios amos los Estados Unidos"; durante la instauración del Segundo Imperio "la tutoría y protección de los Estados Unidos sobre don Benito fue cada vez más acentuada"; fue entonces cuando el general James Carleton de Nuevo México estaba "más cercano a Juárez para transmitirle órdenes de Washington"; al derrotar el Imperio de Maximiliano, Juárez levantaba "el imperio yanqui sobre su patria"; desde entonces "la intervención yanqui que venía, era peor que la que se iba"; es por eso que "el pueblo ciertamente no quería a Juárez ilegítimo en su elección y en su continuación, por sus traiciones a la patria y por su impúdica entrega a los Estados Unidos"; los "yanquis siempre han estado al frente de los liberales mexicanos"; Juárez firmó en barbecho cuanto los americanos habían querido; por la Reforma y el protestantismo se les entregó el alma de la nación, y por los ferrocarriles se les concedió el sistema nervioso; poco antes de llegar a ser presidente Porfirio Díaz, cuando iba huyendo, fue "naturalmente" también a Nueva Orleans¹⁰; en suma, concluye irónicamente el padre Cuevas en uno de sus muchos textos:

«En los momentos precisos y decisivos de nuestra política, o en los que tales parecen a los Estados Unidos, éstos, si pueden ocultamente, y si no, aunque sea abiertamente y en forma autoritaria, intervienen e inclinan la balanza hacia el platillo de sus atentos y seguros servidores que besan sus manos, los liberales mexicanos»¹¹.

Si bien no en toda la historiografía católica está expresada de ese modo la aversión hacia los Estados Unidos, sí está presente en muchas de las historias católicas. Entre otras destacan las obras del sacerdote Jesús García Gutiérrez, quien en algunos de sus primeros textos escribió con el pseudónimo de Félix Navarrete. García Gutiérrez escribió *La lucha entre el poder civil y el clero a la luz de la historia* (1935), *Acción anticatólica en México* (1939), *De Cabarrús a Carranza, la legislación anticatólica en México* (1957), *La masonería en la historia y en las leyes de México* (1957). Un libro muy exitoso en los ambientes católicos fue *Poinsett, historia de una gran intriga* (1951), de José Fuentes Mares. En la advertencia a la cuarta edición (1964) Fuentes Mares afirmaba que la buena fortuna con que había corrido su texto no sólo se debía a que se trataba de "un personaje atractivo, sino, además, clave de buena parte de nuestra historia y coautor del México actual, a la altura de Juárez"¹². El padre José Bravo Ugarte —jesuita, al igual que el padre Cuevas— en su *Historia de México* de varios tomos trató a los Estados Unidos con mayor racionalidad, pero no sin dejar de situarse en la corriente del catolicismo intransigente. Muy socorrida también por los católicos fue la obra de Alberto María Carreño *La diplomacia extraordinaria entre México y los Estados Unidos 1789-1947* (1951). No menor fue el éxito de la *Breve Historia de México* de José Vasconcelos que vino a confirmar muchas de las tesis de combate de los católicos. Cabe hacer mención de dos prolíficas colecciones que alimentaron estas mismas tesis, ambas publicadas por la Editorial Jus; una fue *Figuras y Episodios de la Historia de México* y fue continuada por *México Heroico*. En ellas aparecieron algunas de las obras de los autores antes mencionados y, además, de Alejandro Villaseñor Villaseñor, Miguel Palomar y Vizcarra, Alfonso Junco, Carlos Alvear Acevedo. Recientemente ha aparecido la colección *Episodios Nacionales Mexicanos* de la Editorial Tradición, que ha continuado publicando algunas de estas obras.

Conclusión

En mayor o menor medida todos los historiadores católicos de la primera mitad del siglo XX fueron recibiendo la influencia del padre Cuevas, quien al elaborar una gran síntesis sistemática de la historia de la Iglesia en México se constituyó en portavoz de una interpretación nacida al calor del

catolicismo intransigente. Por otra parte, estos historiadores escribieron sus obras en un ambiente donde tanto el clericalismo como el anticlericalismo inspiraban muchos de sus análisis. En realidad, pretendían elaborar la historia oficial de la Iglesia frente a esa otra historia oficial que elaboraban los historiadores del Estado revolucionario. En ambas historias estaba presente una concepción moralista, orgánica y maniquea que hacía variar la historia nacional en base a buenas o malas influencias del propio país o del exterior. Como lo hemos anotado, para la historiografía apologética católica fueron los Estados Unidos, si no el único, sí el principal y más nefasto país que corrompió con sus ideas, hombres, políticas, influencias e instituciones lo que era el alma de México:

«Independientemente de que el hombre de Charleston [Poinsett] y el de Guelatao [Juárez] produzcan disgusto o entusiasmo, se impone el reconocimiento de su permanente actualidad. Que su versión de México está viva en la entraña de este país, y que lo informa todavía: que el México moderno es obra de ellos en otras palabras, no como el México de Iturbide o el de Madero, que existió por un momento y desapareció sin consecuencias actuales»¹³.

Ciertamente, todo este arsenal de combate que fue la historiografía católica antiliberal, antimoderna y antinorteamericana pertenece hoy a la historia de México. De que no ha desaparecido del todo lo prueban los largos y sonoros debates públicos que han vuelto a la palestra a principios de la década de los años noventa, frente a la reforma de los artículos constitucionales de 1917 y al establecimiento de relaciones diplomáticas con el Vaticano. Sin embargo, al menos en los ambientes académicos asistimos ya a la agonía de la apologética, que no todavía a su muerte. En ellos el historiador, siguiendo el consejo de Thomas Kuhn, debe dar cuenta de cómo fue que hombres inteligentes fueron capaces de concebir una historia así y escribir tales cosas sobre un país de las dimensiones y de la complejidad de los Estados Unidos.

Notas bibliográficas

¹ Miguel Palomar y Vizcarra, *católico militante*, James W. Wilkie y Edna Monzón de Wilkie, *México visto en el siglo XX*, Instituto México de Investigaciones Económicas, México, 1969, p. 422.

² Jean-Marie Mayeur, *Catholicisme social et Démocratie Chrétienne*, París, cerf, 1986, pp. 17-45.

³ Eulogio Gillow a Porfirio Díaz, Oaxaca, 26 de diciembre de 1892, en Manuel Esparza, *Gillow durante el porfiriato y la revolución en Oaxaca*, Oaxaca, s.e., 1985, p. 202. Véanse también en la introducción a los *Apuntes históricos* de 1889 sus ideas que se refieren a la conciliación de los "ánimos intransigentes", y disfrutar en México de "verdadera tolerancia práctica". Cuestiones éstas que, aún en ese momento sonaban huecas para los católicos intransigentes. La conciliación por parecerles una farsa; la tolerancia por ser para ellos una idea de origen protestante e impropia para México. Eulogio G. Gillow, *Apuntes históricos*, Imprenta del Sagrado Corazón de Jesús, México, 1889, p. 12.

⁴ Fernando Iturrigarria, *Porfirio Díaz ante la historia*, México, s.e., 1967, p. 280.

⁵ En Fernando Iturrigarria, *Porfirio Díaz ante la historia*, p. 268.

⁶ Mariano Cuevas, *Historia de la nación mexicana*, Porrúa, México, 1986, p. 1068-1069.

⁷ Mariano Cuevas, *Historia de la nación...*, pp. 546-547.

⁸ Los textos anteriores y otros más en Mariano Cuevas, *Historia de la nación...*, pp. 602-604, 677-680, 751, 817-819, 831-837, 839-842, 853-856, 866-867, 927-929, 972, 974 y *passim*.

⁹ Mariano Cuevas, *Historia de la Iglesia en México*, v.5, Ediciones Cervantes, México, 1942, p. 212.

¹⁰ Mariano Cuevas, *Historia de la nación...*, p. 603.

¹¹ Mariano Cuevas, *Historia de la nación...*, P. 1002.

¹² José Fuentes Mares, *Poinsett: historia de una gran intriga*, Jus, México, 1964, p.v.

¹³ José Fuentes Mares, *Poinsett: historia...*, p. V.

EL DECESO DE FELIPE II SUS REPERCUSIONES EN NUEVA ESPAÑA

Lic. Ernesto de la Torre Villar
Universidad Nacional Autónoma de México

Vivía en Nueva España a fines del siglo XVI situación favorable: de asentamiento institucional, de cohesión territorial y social, de progreso y de paz. Había cesado la guerra chichimeca gracias a la labor de los virreyes Henríquez y Velazco II y el domino colonial se extendía por Nuevo México y las Californias; la población indígena se concentraba en virtud de las disposiciones de congregar a la población que obedecían a razones políticas, económicas y religiosas, la unidad de la fe motivada por razones políticas se lograba con la fundación del Tribunal del Santo Oficio. Estas tres vertientes, producto del deseo del monarca de fortalecer su imperio, unificarlo políticamente apoyándose en la unidad religiosa, y de preservarlo de las injurias de los infieles y de los grupos separados, eran resultado de la política de aseguramiento de sus posesiones, férreamente impuestas por Felipe II. Se vivía bajo las consecuencias de su política fielmente cumplida por los soberbios administradores que la Nueva España tuvo en el siglo XVI.

El país, regido por un fiel servidor del monarca, quien le auxilió en las campañas de Portugal y en la defensa de la Coruña asediada por Francis Drake, concluía prudentemente el proceso congregacional que cambiaría la distribución demográfica de América, principalmente en aquellas regiones en que se cumplió fielmente, como fueron Nueva España, Guatemala y también Perú. Concentrada la población indígena para lograr mejor su control y vigilancia, pudo el Virrey don Gaspar de Zúñiga y Acevedo (1595-1603) apoyar la expansión al septentrión, avanzando tanto por las Californias como por Nuevo México y el Nuevo Reino de León. En las Californias surgiría nuevo puerto importante, Monterrey, nombrado así por el navegante descubridor, Sebastián Vizcaíno; y en el Nuevo Reino de León, debido a los esfuerzos de Diego de Montemayor, se fundaría una población también llamada Monterrey en honor del Virrey. Bajo estas bases y sin mayores plagas y problemas que afectarían a la población, el virreinato se asentaba, fortalecía y prosperaba.

El gobierno eclesiástico no presentaba la misma situación. El enérgico arzobispo Pedro Moya de Contreras, quien también gobernaría como Virrey en 1584-1585 y había promovido la celebración de Tercer Concilio Mexicano que puso las bases de la vida eclesial novohispana, había sido llamado por el monarca para presidir el Consejo de las Indias, como sería más tarde otro hombre experimentado en el gobierno de ellas, don Luis de Velasco segundo. La vasta, rica y abundosa arquidiócesis de México se